

LUIS SEPÚLVEDA, THE WARRIOR AND THE RAINBOW: ALWAYS DEFEATED, NEVER DEFEATED

Resumen

La historia de Sepúlveda se entrelaza con su actividad literaria. Muy a menudo, en sus novelas vuelven aspectos biográficos, y las historias de los diferentes protagonistas y la del escritor se superponen. Hasta el día de hoy, a pesar de millones de libros vendidos, no existen biografías más fiables que sus novelas. El presente artículo de investigación se propone reconstruir mediante una metodología cualitativa las historias humanas del escritor chileno a través de su producción literaria, los apuntes de viajes, las entrevistas y sus artículos publicados en periódicos de muchos países.

Palabras clave

Sepúlveda, literatura chilena, historia de Chile.

Abstract

The literary production of Luis Sepulveda is deeply intertwined with his life. Often, his novels contain biographical aspects and the stories of his protagonists are overlapped with his own experiences. Until now, novels are the most trustworthy biography of the Chilean writer.

This research article aims at reconstructing with a qualitative methodology Sepulveda's production through novels, travel notes, interviews and articles that he wrote for newspapers of many countries.

Keywords

Sepúlveda, Chilean literature, history of Chile.

Referencia: D'Angelo, G. (2020). Luis Sepúlveda, el guerrero y el arco iris: siempre derrotado, nunca vencido. *Cultura Latinoamericana*, 32 (2), pp. 66-104. DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2020.32.2.4>

LUIS SEPÚLVEDA, EL GUERRERO Y EL ARCO IRIS: SIEMPRE DERROTADO, NUNCA VENCIDO

Giuseppe D'Angelo*
Università degli Studi di Salerno

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2020.32.2.4>

El 6 de enero de 2005, Luis Sepúlveda escribe un artículo para el periódico italiano *Il Manifesto*, en el que cuenta cuándo y cómo aprende la decisión de la Corte Suprema de Chile de denegar la solitud de los abogados defensores de Augusto Pinochet Ugarte —que define como «animal», «criminal», «asesino» y «ladrón»— y que él

[...] dovrà affrontare il processo che aspetta la società cilena, i cileni che vivono fra la cordigliera e il mare, quelli che vivono nella diaspora, quelli che sono nati sotto altri cieli e sono cresciuti con il nostro amore per il lontano paese disseminato di isole.

Se encuentra en el aeropuerto de Gijón —la ciudad asturiana en el noreste de España, región de origen de su abuela paterna y en la que vive él también— y está acompañando al hijo que sale para Alemania. De inmediato recuerda a los compañeros de su vida y de su militancia política, a los miembros de la escolta personal de Salvador Allende, el GAP, el Grupo Amigos Personales del «Doctor», porque así lo llaman ellos, o incluso «compañero presidente», no solo «compañero», porque es muy confidencial, ni solo «presidente», demasiado frío para los que comparten todos los días la misma aventura humana y política (Mujica, Petrini y Sepúlveda, 2017). Se acuerda de los que guardaban

* Ph.D. en Historia Económica por la Universidad de Nápoles «Federico II» e investigador de Historia Contemporánea de la Universidad de Salerno, donde enseña también Historia del deporte. ORCID: orcid.org/0000-0001-9373828X. Contacto: gidangelo@unisa.it
El presente artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la Universidad de Salerno.



su seguridad y de quienes, en esa lluviosa mañana de septiembre, estaban con él, con el Doctor, en el palacio de La Moneda. Concluye:

So che loro condividono la serena allegria per questo giorno, per questo giorno tanto atteso, in cui la tenue luce della giustizia si lascia vedere fra il fumo della Moneda in fiamme, fra i volti luminosi di tutti i compagni del GAP che caddero e che non sono mai scomparsi dalla nostra memoria. (Sepúlveda, 2005)

Y añade en *Patagonia express* (2019):

[...] su gran orgullo es saber que no olvido ni perdono a sus verdugos. [...] A algunos de mis compañeros que sobrevivieron los he encontrado por el mundo, a otros, no les volví a ver, pero todos ocupan un lugar de preferencia en mis recuerdos. (p. 36)

Es un hombre que, como dice Pedro Nolasco, personaje de *La sombra de lo que fuimos* (2017), lucha para no olvidar que es un hombre libre (p. 120). En la misma novela, Sepúlveda añade que la «libertad es un estado de gracia y sólo se es libre mientras se lucha por ella» (p. 168).

La historia humana de Sepúlveda se entrelaza con la literaria. Muy a menudo en sus novelas vuelven aspectos biográficos, sigue el dolor sordo por los camaradas muertos. Las historias de los diferentes protagonistas y la del escritor se superponen y, hasta el día de hoy, a pesar de millones de libros vendidos, «non esistono biografie più attendibili dei suoi stessi racconti» (Zanini, 2020). El periodista y escritor italiano Pino Cacucci (1998) recoge el testimonio del mismo Luis, escribiendo pocas, pero interesantes páginas en una obra de 1996. A las novelas que muchas veces muestran aspectos autobiográficos se juntan los apuntes de viaje¹, verdaderos testigos de la filosofía de vida del escritor chileno, indispensables para «la comprensión del sentido de la condición de hombre, y la comprensión del sentido de la condición de artista». Por tanto, los escritos no deben considerarse «una suerte de conjura contra el mal de Alzheimer», pues no está en sus planes «escribir un libro de memorias» (Sepúlveda, 2019, p. 11). Finalmente, se señalan los artículos escritos para periódicos de diferentes países, muchos recogidos en libros².

1. Como *Patagonia express* (2019); *Historias marginales* (2000); *La locura de Pinochet* (2006); *Mole-skine. Apuntes y reflexiones* (2004); y *Los calzoncillos de Carolina Huechuraba y otras crónicas* (2006).

2. También ha publicado en italiano otros tres volúmenes de reflexiones: *Raccontare, resistere. Conversazioni con Bruno Arpaia, Un'idea di felicità; y Vivere per qualcosa.*



Al andar se hace el camino

Luis —Lucho para sus amigos— nace «forajido» por una orden de detención de su padre, el comunista José, acusado por la adinerada familia de su esposa, Irma, la madre mapuche del escritor, de raptos de menores y detención ilegal de persona (Polese, 2020). Durante su infancia aparecen otras figuras de «forajidos»: su abuelo paterno, «anarcho andaluz en exilio e condenado a muerte, Gerardo Sepúlveda Tapia, con el quale crebbe presso la città di Valparaíso» (Bio, 2020), anticlerical hasta permitir (u obligar) a su nieto que «orinar[a] en las puertas de las iglesias». Con él acudía al Centro asturiano «donde los domingos se engalanaban especialmente con las fabes de la tierra y el cabrales del exilio» y del centro salían los libros que su abuela le leía por la tarde. Y entre los libros de la biblioteca del Centro, su abuelo elige un texto soviético, la exaltación de una fe inquebrantable en el comunismo: *Así se templó el acero*, del escritor ruso Nikolaj Alekseevič Ostrovskij. Para él, ese libro es la invitación a un gran viaje que posiblemente no lleva a ninguna parte, pero que vale la pena hacer. Es el viaje a Martos, el municipio de origen del su abuelo, que es su lugar del alma, y que él mantiene «aquí —dijo golpeándose el pecho con una mano» (Sepúlveda, 2019, pp. 17-19). Más que anarquista, el abuelo es un ácrata, en el sentido etimológico de la palabra griega ákratía, intemperancia, que propugna la supresión de toda autoridad. Por ejemplo, recuerda a su nieto que el «contrato social es una infamia de los enemigos del hombre. La naturaleza nos orienta para que arreglemos nuestras cultas dialogando de manera fraterna. No se puede reglamentar lo que la vida ya ha reglamentado» (p. 177). Es un hombre «al que le sentaban perfectamente los versos de César Vallejo: “Nació muy niñín mirando al cielo, luego creció, se puso rojo, luchó con sus células, sus hambres, sus pedazos, sus no, sus todavía...”, y que a lo largo de su vida conocería la cárcel, la persecución y el exilio por sus ideas libertarias» (p. 173).

Como si fuera poco la presencia del abuelo, Luis vive con su tío Pepe, también anarquista, que el escritor recuerda en la novela *Mundo del fin del mundo* (2019b):

Tenía un Tío, así, con mayúsculas. Mi Tío Pepe, más heredero del carácter indómito de mi abuela vasca que del pesimismo de mi abuelo andaluz. Mi Tío Pepe. Voluntario de las Brigadas Internacionales durante la guerra civil española. Una fotografía junto a Ernest Hemingway era el único patrimonio del que se sentía orgulloso, y no cesaba de repetirme la necesidad



de descubrir el camino y echarse a andar.

De más está indicar que el Tío Pepe era la oveja negrísima de la familia, y que cuanto más crecía yo, nuestros encuentros se volvían cada vez más clandestinos.

De él recibí los primeros libros, los que me acercaron a escritores a quienes jamás he de olvidar: Julio Verne, Emilio Salgari, Jack London. De él también recibí una historia que marcó mi vida: *Moby Dick*, de Herman Melville. (p. 15)

El tío también es partisano en Francia y miembro de los *Maquis*.

Ya de pequeño, Luis vive los contrastes ideológicos y las contradicciones de su familia: «Al nonno anarchico [e allo zio] si contrapponeva il padre comunista, l'uno inseguito dai franchisti e l'altro dal suocero possidente che per sua figlia voleva di meglio dello squattrinato gagliengo che se l'era presa» (Zanini, 2020). El abuelo se queja porque su nieto pertenece a la juventud comunista, y el joven no entiende que los miembros de su organización son acólitos del poder estalinista y que el verdadero orden no es el que impone el Estado, «sino el natural, el que deviene de la fraternidad entre los hombres». Diferente es el comportamiento de sus padres:

Ser un joven comunista colmó de felicidad a mis padres, porque un joven comunista tenía que ser el primero en la escuela, el mejor deportista, el más culto, el más educado, y en la casa debía ser un monumento a la responsabilidad y al trabajo. En cada joven comunista germinaba el ser social colectivo y solidario que caracterizaría la nueva sociedad. De tal manera que fui una especie de monje rojo, ascético y aburrido. Una verdadera peste, como me diría años más tarde cierta chica que no quiso ser mi novia, al preguntarle por sus —para mí— incomprensibles razones.

Ser un joven comunista durante más de seis años significó tener el pasaje a ninguna parte bajo la piel. Todos mis amigos de infancia tenían rumbos definidos; algunos viajarían a estudiar a Estados Unidos, otros a Uruguay, otros a Europa, otros se incorporarían al trabajo. Yo sólo aspiraba a no moverme de mi puesto de combate. (Sepúlveda, 2019, pp. 21-22)

Lucho estrecha profundas raíces con su pasado y su tierra, reivindica sus orígenes mapuches —«Il sangue *mapuche* è forte e nei secoli ha saputo resistere ai conquistatori spagnoli, ha difeso la sua regione, la Araucanía, dal nuovo Stato cileno. In me scorre quel sangue» (Polese, 2020)— y, al mismo tiempo, su pertenencia a la Patagonia, el mundo del fin del mundo del cual había sido separado por la ciega violencia



de la dictadura y al que había dicho que quería regresar, «una región tan vasta y colmada de aventuras que no puede ser truncada por la mezquina frontera que separa la vida de la muerte» (Sepúlveda, 2019, p. 95). Es una región que representa el «buen retiro» de los personajes de algunas de sus novelas. Juan Belmonte, el protagonista de *El fin de la historia* (2018) —de la cual se hablará más ampliamente después—, elige la tranquilidad de Puerto Carmen, en el sur de la isla de Chiloé, y allá quiere vivir tranquilo:

No tengo teléfono celular ni ordenador conectado a internet, nada que pueda ser rastreado [...]. Me creía a salvo en Puerto Carmen sin hacer más que picar leña con ayuda del Petiso, y así aprovisionarnos de calor para el largo invierno austral. No deseaba otra cosa que mirar el mar con Verónica asida a mi brazo, sintiendo cómo su mirada va de la orilla alas primeras olas, de ahí a las islas Cailín y Laitec, hasta alcanzar la orilla difusa de la Patagonia continental. En ese punto sus pupilas siempre buscan la cima nevada del volcán Corcovado y se detienen impasibles, inmunes a mis promesas de cruzar un día el canal, navegar hasta el golfo Corcovado y ver a las ballenas azules apareándose en sus aguas. (p. 20)

Luis aclara su fuerte vínculo con esa tierra tanto en *Patagonia express*, cuando habla de un niño que muere de tristeza cuando fallece su amigo el delfín, como en las últimas páginas de *Mundo del fin del mundo*, cuando el protagonista de la novela llega casi al final de su aventura en el extremo sur del planeta y después de que el capitán Nilssen le cuenta la extraordinaria batalla entre los cetáceos y el barco ballenero.

Panchito Barría es el hijo de un pescador de San Gregorio. Cada año, su familia llega a Angostura, un pequeño pueblo de no más de 14 ó 15 casas que se encuentra en la primera angostura del estrecho de Magallanes. Entre los 5 y los 11 años se hace muy amigo de un delfín, se comunica con él, y el cetáceo le permite recuperar su discapacidad y vivir como cualquier otro niño de diez años en el mundo de fin del mundo. Un día, su compañero de juego no regresa a la playa de Angostura, los pescadores lo buscan de un extremo a otro del estrecho y no lo encuentran. «Pero sí se toparon con un barco factoría ruso, uno de los asesinos del mar, navegando muy cerca de la segunda angostura del estrecho». Panchito vuelve a cerrarse en la soledad de la cual el animal lo había sacado y a los dos meses muere de tristeza, «sin llorar, sin musitar una queja» (Sepúlveda, 2019, pp. 119-121).



Si la historia de Panchito es la de la guerra perpetua entre amor e intereses económicos, entre la coexistencia amistosa de seres vivientes diferentes y la delictuosa pesca indiscriminada de los barcos factorías, la historia que cuenta el capitán Nilssen nos muestra la venganza de los cetáceos que atacan un barco ballenero para defender a un marino que se había lanzado contra los «asesinos del mar».

Patagonia es también tierra de lucha y muerte, de peones e indios que se rebelan, así como nos cuenta Lucho en *Patagonia express*.

Está regresando de Puerto Natal, donde lo sorprende el invierno austral, que solo le permite volver en tren. Llega a la estación de un pueblo de la Argentina patagónica y empieza el viaje rumbo al Norte. El más austral de los ferrocarriles se para en la estación de Jaramillo, un edificio rojo de madera que junto a dos casitas forma el pueblo. En 1921, en el otoño del sur del mundo, empieza la última gran vuelta de peones e indios en la Estancia La Anita. Liderados por un anarquista gallego, Antonio Soto, los rebeldes proclaman el derecho a la autogestión y fundan la primera Comuna Libre de Patagonia, que bautizan *Soviet*. El reloj de la estación guarda la «memoria trágica» de Patagonia, parado a las nueve y veintiocho minutos.

La reacción de los militares, llamados por los terratenientes, no se hace esperar, y el 18 de junio el jefe de los soldados, el capitán Varela, pide el rendimiento sin condiciones dentro de las diez. Sin embargo, a las nueve y veintiocho ordena que se abra el fuego. Nadie conoce el número de las víctimas y de los centenares de fusilados «frente a tumbas que antes debieron cavar ellos mismos». Y nadie, nos dice Sepúlveda, puede modificar la hora bloqueada por una bala (Sepúlveda, 2019, pp. 140-142).

Por fin sentía que yo también era de alguna parte. Por fin sentía la llamada más poderosa que la invitación de la tribu, ésa que uno escucha o cree escuchar, o se la inventa como un paliativo de la soledad. Allí, en aquella mar serena pero jamás encalma, sobre aquella silenciosa bestia que tensaba los músculos preparándose para el abrazo polar, bajo los miles de estrellas que testimoniaban la frágil y efímera existencia humana, supe por fin que era de allí, que, aunque faltara, llevaría siempre conmigo los elementos de aquella paz terrible y violenta, precursora de todos los milagros y de todas las catástrofes.

Aquella noche, sentado en la cubierta del *Finisterre*, lloré sin darme cuenta. Y no era por las ballenas.

Lloré porque estaba de nuevo en casa. (Sepúlveda, 2019b, pp. 137-138)



Patagonia es también una región secreta del alma, de la cual muchas veces no se habla. La correspondiente de *Greenpeace* desde el fin del mundo, Sarita Díaz, herida por fotografiar un barco-fábrica japonés, en un vuelo de regreso a Hamburgo, pregunta al protagonista: «No vas a escribir nada, ¿verdad? [...] Todo quedará en ti como un gran secreto. Lo que sea que hayas visto te ha dicho que también eres de allá, y ese “ser de allá” es un voto de silencio» (Sepúlveda, 2019b, p. 144).

El mundo del fin del mundo es una de las patrias de Lucho, su patria de elección. Patria es un término trillado e incluso ambiguo, en el cual desaparecen muchas diferencias y detalles. El autor pone un tema que afecta a toda América Latina, cuando pregunta qué es y dónde está este «conglomerado de habitantes de una patria incierta». Su respuesta llama a la memoria, otra vez, el destino de los pueblos indígenas: «No busquen en los mapas de la escuela sino en el territorio invisible de los grandes olvidados que además de español y portugués hablan mil otras lenguas», de los que acompañaban a Bolívar, quien opinaba que nunca serían dichosos. América Latina se encuentra «en el universo de la incertidumbre» e identifica dos elementos fundamentales: *cripsis*, o sea, «el arte de desaparecer, de ver sin ser visto», y *aposematosis*, «el efecto teatral de ser visto sin ver nada». El continente sale de su condición de incertidumbre y se encuentra en los mil días de sueño colectivo del Gobierno de Salvador Allende, que significaron una rebelión a esta condición y la elaboración de una identidad política autónoma, y que devolvió a los mapuches parte de la tierra que les habían usurpado. O se encuentra en el Brasil de Lula, que empieza su lucha contra el hambre y que es más que un proyecto político al pasar «de la resistencia a la anticipación, [mientras] la audacia política define y orienta la acción». También América Latina está en muchas partes y en ninguna:

En muchas para los que quieran verla y ser vistos como personas solidarias ... Y en ninguna para aquellos que la vean como una región sujeta a la voluntad de los que siempre la mantuvieron en la incertidumbre. América Latina limita al norte con el odio y no tiene más puntos cardinales. (Sepúlveda, 2004, pp. 10-13)

Ya desde su juventud, literatura, escritura y militancia política tejen una red densa y relevante en la vida de Sepúlveda. Activista de la juventud comunista de Chile, a la que se adhiere a los quince años «a una huelga solidaria con los mineros del carbón» (Sepúlveda, 2019, p. 21),



escribe para el diario *Clarín*, a los veinte años publica su primer libro de cuentos, *Crónicas de Pedro Nadie*, que gana un premio de la Casa de las Américas de La Habana³ y, en ese mismo periodo, gana una beca de estudio de cinco años para frecuentar una de la más destacadas universidades soviéticas, la Universidad Lomonosov de Moscú. La estancia en Unión Soviética no dura mucho y, a los pocos meses, Luis está obligado a regresar a su país, expulsado por comportamientos contrarios a la moral proletaria a causa de sus contactos con algunos disidentes. Según otros, lo echan de Moscú por su relación con una profesora rusa que, además, es la esposa del director del Instituto de Investigaciones Marxistas y por eso tiene que regresar a Chile⁴.

En la patria empieza un periodo turbulento con su padre y con el partido comunista, del cual es expulsado. Dos personajes de su novela *La sombra de lo que fuimos*, por ejemplo, forman parte de la juventud comunista y son, también, expulsados. Se integran

[...] en la fracción más fuerte del Partido Socialista, el Ejército de Liberación Nacional, una tendencia internacionalista que también consideraba la lucha armada como una posibilidad para tomar el poder pero que reconocía la peculiaridad chilena, un país pacífico en un continente que hedía a pólvora. El ELN chileno había nacido para apoyar la lucha iniciada por el Che Guevara en Bolivia. (Sepúlveda, 2017, p. 71)

Al igual que los protagonistas de *La sombra de lo que fuimos*, Luis se traslada a Bolivia, respondiendo al llamamiento de 'Chato' Peredo, el último de la dinastía de 'Inti', y 'Coco' Peredo de seguir combatiendo en las montañas de Teoponte⁵. En uno de sus apuntes escribe:

3. Todas las fuentes hablan de ese premio, pero no se encuentra en la lista de Casa de las Américas ni en el año 1969 ni en los sucesivos. En una entrevista al *Diario de Córdoba* el mismo Lucho habla del premio ganado: «Y es que yo en el año 1969, con un libro de cuentos gané el Premio Casa de las Américas de Cuentos en Cuba, *Crónicas de Pedro Nadie* [...] y tres de esos relatos los tradujeron al alemán y los incluyeron en una antología. *Nuevos escritores latinoamericanos* se llamaba la antología» (López, 2018). El periódico chileno *La tercera* habla de las «leyendas y de las mil vidas» de Luis Sepúlveda y escribe que «su historia literaria mencionaba también que su primer libro obtuvo el Premio Casa de las Américas de Cuba en 1969 y que nueve años más tarde logró el Premio Rómulo Gallegos, 20 años antes que Roberto Bolaño. Los datos de la realidad, en cambio, dicen que el premio cubano de 1969 lo obtuvo Antonio Skármeta, y que en 1978 el Rómulo Gallegos no se entregó (Gómez 2020). Véase también *Las razones de un lector: veinte años de crítica literaria*, de Aguirre (2010).

4. *Sentire* (16 de abril de 2020). Si è spenta la voce di Luis Sepúlveda. *Sentire*. Disponible en: <https://www.giornalesentire.it/it/vittima-illustre-covid19-luis-Sepúlveda-scrittore>.

5. La familia Peredo desarrolla un papel muy relevante en el movimiento revolucionario boliviano. Los cuatros hermanos mayores de Chato (Antonio, Emma, Guido 'Inti' y Roberto 'Coco') fundan el Partido Comunista Boliviano (PCB) en Trinidad. Luego, Inti y Coco forman parte del grupo de combatientes que acompañan a Che Guevara en su campaña boliviana. Guido Álvaro Peredo Leigue, 'Inti', sale del país después de la muerte del Che y, junto a otros guerrilleros cubanos



«Tenía dieciocho años cuando quise seguir el ejemplo del hombre más universal que ha dado América Latina, el Che. Entonces llegó la hora de pagar un suplemento al pasaje a ninguna parte» (Sepúlveda, 2019, p. 22). Luis acude a la llamada de 'Chato' y se queda en Bolivia, probablemente entre finales de 1969 —o los primeros meses del año siguiente— hasta finales de 1970.

Esta correspondencia no es casual. Al contrario, se puede reconstruir el entramado entre la vida del escritor y la de unos de sus personajes. De relevante interés es aquella del protagonista de dos novelas, *Nombre de torero*, publicada en España en 1994, y sobre todo *El fin de la historia*, estrenada en 2017. Juan Belmonte es efectivamente uno de los *alter ego* de Lucho: militante y guerrillero, miembro del Ejército de Liberación Nacional en Bolivia. Belmonte cuenta su voluntad a un extraño personaje, Aliro, 'el flaco', un delincuente que domina el reducto de La Legua y 'el flaco' le consigue dos pistolas Ballester-Molina y muchas cajas de municiones, que representan «las primeras armas del contingente chileno del ELN» (Sepúlveda, 2018, pp. 55-57). Aliro muere el 11 de septiembre, disparando contra los militares golpistas. Después, Juan es miembro de la escolta personal del presidente Allende, activo en Nicaragua al lado del ejército sandinista, y desterrado en Europa.

y bolivianos, se refugia en Chile donde lo espera Salvador Allende; los primeros regresan a La Habana, los bolivianos se esconden, clandestinos, en La Paz. Regresa a Bolivia en 1969 y hace un llamamiento —al pueblo boliviano y al E.L.N. que intenta recomponerse— para «regresar en las montañas» (*Entrevista con Inti Peredo. Comandante dell'esercito di Liberazione Nazionale di Bolivia e il testo del suo messaggio radiotrasmeso*, Feltrinelli, Milán, 1969). Lo matan el 9 de septiembre de ese mismo año. Dos años antes matan al hermano menor Roberto, 'Coco', uno de los principales contactos en Bolivia de Ernesto Guevara, asesinado pocos días después en La Higuera. Los hermanos 'Inti' y 'Coco' Peredo son los más destacados representantes del E.L.N. boliviano y entre los más estrechos colaboradores del Che en la guerrilla de Ñancahuasú.

«El Chato fue entonces quien tomó la posta y decidió continuar el camino emprendido por sus hermanos. Tres años después de la muerte del Che Guevara lideró un grupo rebelde que se internó en las montañas de Teoponte, 300 km al norte de La Paz, con los mismos objetivos. Esta experiencia revolucionaria no tuvo mejor suerte que la expedición iniciada por el Che en Ñancahuasú. Sin embargo, Peredo sostiene que, a pesar de la derrota militar, Teoponte permitió «la ruptura del pacto militar campesino y dio pie a la organización del primer sindicato de campesinos libres» de Bolivia. De los 67 hombres que se internaron en el Alto Beni, solo nueve salvaron su vida, el resto fueron fusilados. Pasaron 40 años y poco se conoce de estos hechos. La acción insurgente de Teoponte fue el resultado de la persistencia del ideal de revolución latinoamericana del Che y del ELN creado por él. Recientemente el gobierno de Evo Morales logró exhumar y entregar los restos de algunos de los caídos en Teoponte a sus familias». El trabajador del Estado. (7 de julio de 2010). Osvaldo 'Chato' Peredo. *El trabajador del Estado*. Disponible en: <https://web.archive.org/web/20160505061200/http://www.eltrabajadordelestado.org/nota.asp?id=678>.



Aquí yace Dulcinea señora de caballeros imposibles, emperatriz de ninguna parte

En un encuentro en la Universidad de Milán, Sepúlveda cuenta que, a principios de 1971, «ha il grandissimo onore di far parte della scorta personale del compagno presidente Salvador Allende, della sua guardia personale» y que en marzo participa en la entrevista que el presidente concede al periodista y filósofo francés Régis Debray, enviado de *Le Nouvel Observateur*. Debray es también un ex guerrillero que estuvo en Bolivia con el Che y que el mismo Allende salvó de la cárcel, un personaje de notable arrogancia intelectual, muy convencido de sus ideas de teórico del marxismo. A lo largo de la entrevista critica mucho el modelo chileno de socialismo y Luis no esconde su antipatía por el francés. Recuerda «una domanda a cui ne seguiranno altre tre» que el Presidente dirige al periodista sobre el tema de la felicidad. Las preguntas atañen la expectativa de vida de los europeos que, en 1971, es de 68-70 años, mientras la de los chilenos es apenas de 52. El Presidente explica al periodista francés que la verdadera revolución que se cumple en su país es permitir a los chilenos de vivir 70 años, como los franceses, los alemanes, los escandinavos. Y añade que «l'obiettivo di questo processo rivoluzionario è vivere a lungo, ma anche vivere in una condizione che è lo stato naturale dell'uomo, e che si chiama felicità». El mismo Allende explica a los hombres de su escolta lo que quería decir: «Forse è stato un errore parlare di felicità, di questo diritto alla felicità, nominare la felicità come lo stato naturale dell'uomo, della specie umana». También les recuerda la república socialista de Chile, fundada en 1932 por un oficial de la fuerza aérea, Marmaduke Grove, que en doce días proclama varias leyes y formula una teoría

[...] secondo la quale l'unico vero obiettivo del Cile, questo paese collocato alla fine del mondo, è diventare un paese felice. E in quella rivoluzione di dodici giorni fu fatto uno sforzo pedagogico per individuare quali sono gli elementi che si frappongono tra noi e la felicità. (Mujica, Petrini y Sepúlveda, 2017, pp. 33-37)

Al final de tan pocos días, las fuerzas de la reacción pondrán punto final a esa experiencia revolucionaria. Permanece la enseñanza de que el objetivo de los hombres y de los Estados debería ser el perseguiamiento de la felicidad para todos.



Sepúlveda (1999) nos brinda un medallón de Allende, que merece ser leído en su totalidad:

El compañero presidente, su integridad política y humana no precisan de ninguna defensa, pero yo, que sí lo conocí porque me honro de haber participado en su escolta personal, los temibles, terribles, sanguinarios, antropófagos GAP, según la histeria pinochetista y el autor de marras, me rebelo contra la basura que pretendió ensuciar su nombre y su memoria. Tenía otros defectos Allende y se los regalo a Lafourcade: le gustaban las mujeres, todas. Bebía Chivas de 12 años. Amaba el helado de coco del Copelia. Detestaba los poemas de Neruday admiraba, por ejemplo a León Felipe. Solía decir que el vino era tinto, y los demás, imitaciones. Coleccionaba corbatas italianas. Era un goloso de la buena pasta, un estupendo jinete, y la amistad era para él un culto. Su pensamiento político estuvo siempre más cerca de Gramsci que de Marx. (p. 18)

Después de cuatro meses de permanencia en el GAP, Sepúlveda es llamado a desempeñar cargos de mayor responsabilidad; ya a los veintidós años se encuentra supervisor de una empresa agroalimentaria al sur de Santiago de Chile (Sepúlveda, 2017b, p. 16).

Una vez más, la biografía de Belmonte se mueve paralelamente a la del escritor. Después de la experiencia en el ELN, también Belmonte participa en el GAP y el día del golpe —también en los siguientes— es uno de los militantes y de los miles de demócratas que son acosados, presos, torturados y, muchas veces, asesinados por los esbirros del ejército chileno. Belmonte recuerda esos días cuando pide ayuda a Eladio, que

[...] tenía un nombre y apellidos, pero para mí siempre sería Eladio, uno de los integrantes más jóvenes de la escolta del presidente Allende, del GAP, uno de los hombres que combatieron en defensa del palacio de La Moneda, uno de los que sobrevivió, aunque herido, y no terminó torturado, asesinado y hecho desaparecer como ocurrió con la mayoría de los GAP, del puñado de combatientes que enfrentó a cientos de soldados. (Sepúlveda, 2018, pp. 67-68)

En esos años se desarrolla la amistad de Lucho con Óscar Reinaldo Lagos Ríos, el más joven componente del GAP presente en el Palacio de La Moneda el 11 de septiembre. Óscar trabaja en la fábrica de la cual Luis es supervisor, y el escritor lo señala a la dirección del partido socialista como uno de los compañeros más capaces y confiables,



y también recibe instrucciones de entrenarlo al uso de armas y de enseñarle los primeros rudimentos de defensa personal y de procedimientos de seguridad.

Es fácil entender lo emblemático que será en la vida de Sepúlveda —en la de sus compañeros y de los personajes de sus novelas— la fecha del 11 de septiembre. Cuando empieza el bombardeo, Allende ordena a todos que salgan del edificio. También Óscar sale, y, junto con los demás, es detenido inmediatamente y torturado hasta la muerte. Sobre él y sobre miles de militantes cae el sudario puesto por el régimen para ocultar incluso la memoria:

Alle due del pomeriggio, ormai senza più artiglieria, con le munizioni esaurite, i sopravvissuti di quel pugno di poliziotti e uomini del GAP uscirono dalle macerie e furono immediatamente fatti salire su un camion militare con destinazione ignota. I poliziotti riuscirono a salvarsi la vita, passarono attraverso atroci torture ma sopravvissero. I tredici GAP scomparvero.

In Cile, tuttavia, la terra parla e così è stata scoperta una fossa comune clandestina in un campo militare abbandonato, Fuerte Arteaga, e in quella fossa c'erano più di quattrocento pezzi di ossa umane, alcuni lunghi meno di un centimetro, e quei pezzetti minuscoli hanno raccontato che i tredici GAP erano stati torturati, mutilati, assassinati dalla soldataglia in un'orgia di sangue, durata vari giorni, a cui avevano partecipato ufficiali e truppa del reggimento Tacna. I GAP erano stati sepolti nella caserma, ma quando alcuni testimoni avevano dichiarato di poter indicare il luogo dell'occultamento, i resti degli eroici combattenti della Moneda erano stati trasferiti a Fuerte Arteaga, gettati in una buca profonda dieci metri, fatti saltare in aria con la dinamite e infine coperti di terra.

È impossibile ridurre al silenzio la voce dei combattenti e le loro ossa minuscole hanno rivelato i loro nomi, hanno detto: «Io sono ciò che resta di Óscar Reinaldo Lagos Ríos, ventun anni, nome di battaglia Johny, GAP, assassinato il 13 settembre 1973». (Sepúlveda, 2017b, pp. 18-19)

El escritor no se encuentra en el Palacio presidencial, pero evoca esas horas dramáticas:

Nel palazzo della Moneda, in mezzo al fuoco e al fumo provocati dal bombardamento, Salvador Allende volle che i combattenti del GAP uscissero e impartì loro l'ultimo ordine: vivere.

Mentre si allontanavano, in mezzo alle esplosioni, i GAP sentirono un colpo di arma da fuoco nel salone in cui era entrato il presidente, ma nessuno di loro poté vedere che cosa era successo.



Allende si era suicidato? Noi sopravvissuti del GAP pensiamo di sì, che in un ultimo gesto di dignità e coerenza Allende abbia voluto evitare al popolo cileno di veder uscire il suo più alto rappresentante umiliato, legato, vinto dai militari golpisti. (Sepúlveda, 2017b, p. 273)

Cuando los militares asaltan a La Moneda, Luis se encuentra

[...] a una trentina di chilometri da Santiago. [È] addetto alla sicurezza delle acque pubbliche; [deve] difendere le fonti di approvvigionamento. Per ben quattro volte la milizia di Pinochet aveva tentato di avvelenarle.

Junto a otros, trata de avanzar hacia el centro de la capital. Los paran el rugido de los aeroplanos que sobrevuelan el palacio presidencial y el fragor de las bombas. Intentan resistir en el Sur, «ma il popolo non aveva armi» (Gnoli, 2017).

Como él, también dos de los protagonistas de *La sombra de lo que fuimos* viven de la misma manera aquellas horas cruciales,

[...] defendiendo las instalaciones que daban agua potable a Santiago cuando los fascistas de Patria y Libertad intentaron violarlas, y durante la mañana del 11 de septiembre de 1973, junto a otros elenos, abriéndose paso a tiro para llegar hasta al palacio de La Moneda. Ahí resistía Allende junto a los elenos del GAP, la escolta del presidente, más un puñado de detectives leales.

No consiguieron llegar sino hasta unas diez cuadras de La Moneda. Iban a una cita con la muerte, pero la parca estaba demasiado ocupada y no les prestó atención.

Más tarde, con los meses y los años, supieron que Allende y los elenos del GAP lucharon hasta agotar el parque. Enfrentados a un enemigo superior en hombres mejor armados en proporción de cien a uno, les causaron numerosas bajas, y los dos únicos muertos entre los defensores de La Moneda fueron Augusto Olivares, periodista y el mejor amigo de Allende, y el mismo presidente. Ambos se suicidaron.

Obedeciendo las últimas instrucciones de Allende, los elenos del GAP se rindieron y, desarmados, fueron entregados al placer torturador de los oficiales y soldados del ejército chileno. Con ellos no hubo Convención de Ginebra. Nunca un ejército se deshonró de esa manera. (Sepúlveda, 2017, pp. 71-77)



Una vez más, Sepúlveda confía a sus personajes el papel de contar su propia vida, una vez más la verdad histórica y la verosimilitud literaria coinciden.

Además, durante el 11 de septiembre se quiebran para siempre las relaciones amistosas entre los chilenos. La dictadura militar es violencia física y psicológica, y cuando llega

[...] esa mañana lluviosa de septiembre y a partir del mediodía los relojes empezaron a marcar horas desconocidas, horas de desconfianza, horas en que las amistades se desvanecían, desaparecían y de ellas no quedaba más que el aterrorizado llanto de las viudas o las madres. (Sepúlveda, 2017, p. 69)

El 5 de octubre, el día después de su vigésimocuarto cumpleaños, la policía detiene a Luis, y lo acusa de alta traición de la patria y colaboración con banda armada (Cacucci, 1998, p. 28):

Siempre evité tocar el tema de la cárcel durante la dictadura chilena. Lo evité, porque, por una parte, la vida siempre me ha resultado apasionante y digna de vivirla hasta el último suspiro, de manera que tocar un accidente tan obscuro era una vil manera de ofenderla. Y por otra parte, porque se han escrito demasiados —por desgracia, en su mayoría, muy malos— testimonios al respecto.

Dos años y medio de mi juventud los pasé encerrado en una de las más miserables cárceles chilenas, la de Temuco. (Sepúlveda, 2019, p. 23)

En un cuartel de Temuco, la capital de Araucanía, a setecientos kilómetros a sur de Santiago de Chile, lo interrogan y torturan:

Una tarde a fines de octubre de 1973, el general de brigada Washington Carrasco Fernández visitó las salas de tortura del regimiento Tucapel, en Temuco. Yo era uno de los cinco hombres que colgábamos atados por las muñecas, como reses, a los que el general inspeccionó con ojo crítico. Vestía uniforme de campaña y una pistola de reglamento colgaba de su cintura. De pronto, avanzó hacia nosotros y a cada uno propinó un leve empujón que nos hizo oscilar como péndulos. Enseguida consultó si necesitábamos algo. Uno de los colgados —juro que fue un regidor por Carahue que coincidentemente también se apellidaba Sepúlveda— le respondió: ¿Podría acercarnos el suelo a los pies? (Sepúlveda, 1999, p. 15)



En los interrogatorios «además de los oficiales chilenos [...] participaban simios de la inteligencia brasileña—que eran los peores—, norteamericanos del Departamento de Estado, paramilitares argentinos, neofascistas italianos y hasta unos agentes del Mossad» (Sepúlveda, 2019, p. 26).

Durante los primeros seis meses de prisión está obligado en una celda tan angosta que no consigue ponerse de pie; la llamaban «el cubo» porque tenía una igual medida de largo, de ancho y de alto: un metro cincuenta (Sepúlveda, 2019, p. 35). En la introducción a una obra de Amnistía Internacional (2020), admite que

[...] nessuno è capace di precisare quale sia la cosa peggiore del carcere, dell'essere prigioniero di una dittatura, di qualunque dittatura, e nemmeno io posso indicare se il peggio di tutto ciò che ho dovuto sopportare sia stata la tortura, i lunghi mesi di isolamento in una fossa che mi appestava, il non sapere se fosse giorno oppure notte, l'ignorare da quanto tempo stessi nelle mani degli sbirri di Pinochet, i simulacri di fucilazione, i compagni morti o la denigrazione costante e sistematica. Tutto è peggio in carcere, e ricordo specialmente un momento in cui i militari quasi ottennero ciò che volevano: che accettassi volontariamente di essere annichilito e condannato all'atroce solitudine degli sconfitti.

El proceso se celebra en Temuco, en febrero de 1975, pero los acusados no pueden asistir al debate: están aislados en un cuarto cerca de la sala de justicia. Su abogado defensor, un teniente del ejército golpista, le comunica con gestos eufóricos que

[...] era andato tutto bene per me: ero riuscito a liberarmi della pena di morte e in cambio mi si condannava solamente a ventotto anni di prigione. Allora io ero un uomo giovane, avevo venticinque anni e non seppi come reagire quando, dopo un calcolo elementare, scoprii che avrei recuperato la libertà a cinquantatré anni. (Amnistia Internacional, 2020)

Tras la condena, empieza uno de los muchos renacimientos de Luis (Gnoli, 2017)⁶. La vida del escritor se cruza con el empeño de una joven alemana de Hamburgo, Ute Klemmer, la cual asocia el apellido Sepúlveda al de un escritor del cual había leído dos cuentos publicados en alemán hace unos años. Además, la sección hamburguesa de

6. «Sono morto tante volte, se è per questo. La prima quando il Cile fu stravolto dal colpo di Stato; la seconda quando mi arrestarono; la terza quando imprigionarono Carmen mia moglie; la quarta quando mi tolsero il passaporto. Potrei continuare» (Gnoli, 2017).



la organización defensora de los derechos humanos empieza a ocuparse de los numerosos chilenos que comparten su misma situación: «A partir de 1973, más de un millón de chilenos dejaron atrás el país enfermo, flaco y largo. Unos, empujados al exilio, otros, huyendo del miedo de la miseria, y otros con la simple idea de tentar suerte en el norte» (Sepúlveda, 2019, p. 56).

La movilización internacional obtiene un primer resultado positivo. En junio de 1976, Luis sale de la cárcel y su condena se convierte en detención domiciliaria:

Novecientos cuarenta y dos días duró la permanencia en aquella tierra de todos y de nadie. Estar dentro no era lo peor que podía ocurrirnos. Era una forma más de estar de pie sobre la vida. Lo peor llegaba cuando, más o menos cada quince días, nos llevaban al regimiento Tucapel para los interrogatorios. Entonces comprendíamos que por fin llegábamos a ninguna parte. (Sepúlveda, 2019, p. 25)

Después de tres meses vuelve a la clandestinidad, pero en menos de un año lo capturan y tiene que cumplir con su condena.

Otra vez Amnistía Internacional interviene para ayudarlo: utilizan el decreto del Gobierno dictatorial número 504 de 30 de mayo de 1975, que permite la transformación de la detención en destierro para sacarlo de la cárcel y del país.

El horror no se olvida, permanece como una parte concreta del propio ser. Luis lo piensa y lo escribe mientras trabaja en su primera película, *Nowhere*, que es la traducción del español *en ninguna parte*. La imagen del tren de los Andes y de los vagones transformados en celdas móviles devuelven a la memoria su propio pasado, y, hablando de sus amigos, los actores de la película, escribe:

En el interior se terminaban de poner filtros a los focos, los actores se transformaron en sufridos prisioneros [sic], con las manos atadas y los ojos vendados. Sí, eran los personajes tal como los había visto en las largas y solitarias noches de escritura. Ellos creaban la atmósfera de inseguridad y temor de la que habíamos hablado en los ensayos. Dejaban de ser mis amigos y eran una parte de mi propia historia, de la historia de tantos. El reino del horror se instaló en el vagón cárcel. (Sepúlveda, 2004, p. 17)



La frontera extraída que nos permite el paso al territorio de la felicidad

La movilización para liberarlo tuvo éxito, y los veintiocho años de prisión son conmutados en ocho años de exilio. Se acaba el viaje a ninguna parte (Sepúlveda, 2019, p. 36)⁷.

El 17 de julio de 1977, en el aeropuerto de Santiago, Luis y otros cuatro prisioneros están encerrados en la sala vip, controlados por un pelotón de soldados. Fuera de su «celda» hay un grupo de personas: «sono i nostri familiari, i nostri amici, le nostre fidanzate che, stanchi di reclamare il diritto a darci un ultimo abbraccio, si accontentano di immaginare che ci vedono, che ci vediamo e ci fanno dei segni, degli inequivocabili gesti d'amore». Entre ellos, un viejo saluda con el puño en alto. Es su padre y Lucho escribe palabras muy tiernas para aquel hombre, con el que había sufrido largos periodos de incomprensión política. Cuando los militares se interponen entre él y la pared de vidrio de la sala de espera, no puede ver a las personas de afuera, ni a su padre:

[...] un'intima convinzione mi dice che il vecchio continua a tenere il pugno alzato, e il fatto di saperlo là, dietro i vetri, separati dalla distanza minima di un abbraccio impossibile, mi porta ad accettare –e mi costa farlo– il fatto che forse ci stiamo salutando per sempre.
Non abbassare il pugno, vecchio. Non lo abbassare mai.
Ci stiamo salutando. Tu fuori. Io dentro. Uno è aria pura, l'altro un rifiuto gorgogliante di polmoni pestati. (Sepúlveda, 1996, p. 34)

Sepúlveda añade que el discurso entre ellos, sin palabras ni miradas, es un adiós definitivo y un abrazo que

[...] sembra completarsi con queste parole che non ti arrivano, che non ti arriveranno mai, così come non mi arrivano, come non mi arriveranno mai le parole che dici dall'altra parte, sulla terrazza, con il pugno alzato, vecchio nobile, vecchio buono, vecchio compagno, vecchio amico, e se io non avessi questa testardaggine virile che mi hai dato avvolta nelle più tenere violenze, griderei il mio dolore di cucciolo ferito per non poterti dire ciao vecchio, ciao vecchio mio, ciao caro vecchio, ciao papà. (Sepúlveda, 1996, p. 56)

7. En *La frontera extraviada* el autor escribe que su liberación y la salida del país se dieron en el mes de julio. Sepúlveda (1996). Lamentablemente la edición española del volumen está agotada, no se encuentra en Italia ni se puede comprar en la red.



Sale del país rumbo a Suecia, pero a la primera escala, en Buenos Aires, huye y empieza su vagabundear por América Latina, precisamente en los años del Plan Cóndor, de las feroces dictaduras que, después de Chile, llagan la carne y el alma del continente. Viaja a Argentina, después a Brasil, Paraguay y Ecuador:

Sabía que la frontera estaba cerca. Una frontera más, pero no la veía. Lo único que interrumpía el monótono atardecer andino era el reflejo del sol en una estructura metálica. Allí terminaba La Quiaca y la Argentina. Al otro lado estaba Villazón y el territorio boliviano.

En algo más de dos meses había recorrido el camino que une Santiago de Chile con Buenos Aires, Montevideo con Pelotas, Sao Paulo con Santos, puerto en el que mis posibilidades de embarcarme con rumbo a África o Europa se fueron al infierno. (Sepúlveda, 2019, p. 41)

En Quito se une a una expedición de la UNESCO rumbo a la Amazonía ecuatoriana para investigar el impacto de los occidentales sobre los indios Suhar (Bio, 2020).

La selva amazónica es otro grande amor de Luis y —como dice el capitán Palacio, piloto de un viejo Cessna que sobrevuela la floresta— «Usted también tiene la Amazonía metida dentro y no puede vivir sin ella» (Sepúlveda, 2019, p. 162).

El periodo pasado en la selva tropical constituirá la base de su primera y verdadera gran novela, *El viejo que leía novelas de amor*, publicada en España en 1989. Es un trabajo que —como evidencia Rosa María Grillo— puede ser considerado «una riscrittura di *Il vecchio e il mare* di Hemingway questa volta ambientato in una foresta, sostituendo il pesce *blue marlin* con un felino *tigrillo* ed elogiando l'incontro di culture»⁸.

En 1979 se encuentra en Nicaragua, a lado de la revolución sandinista, ingresa en la capital, Managua —una de las pocas victorias de su vida, quizás la única, sin duda la más destacada excepción en la historia de un guerrero siempre derrotado pero nunca vencido (Zanini, 2020)—, y recibe la ciudadanía nicaragüense.

Sería interesante conocer qué relaciones tuvo durante su estancia en el país centroamericano con uno de los símbolos de la revolución sandinista y de la poesía latinoamericana, Ernesto Cardenal, fallecido

8. Agradezco muchísimo a la profesora Rosa María Grillo por haberme permitido leer su ensayo antes de su publicación (R. M. Grillo, “Un mese di lutto in America Latina”, *Lo stato delle cose*, pendiente de publicación).



unas semanas antes que Sepúlveda⁹; por supuesto comparten la ansiedad de la revolución, los tiempos de su fallecimiento, y también una posición crítica con respecto a algunas experiencias revolucionarias: Cardenal se aleja de la política autoritaria de Daniel Ortega (Beretta, 2020), mientras Sepúlveda adopta una posición muy dura con respecto a la «revolución bolivariana» de Venezuela, sobre todo en su versión madurista (De Sanctis, 2017).

El relato de esa etapa de su vida podemos enriquecerlo gracias a sus novelas y a las andanzas de Belmonte, ya que él también ingresa en la guerrilla nicaragüense, como recuerdan de manera indirecta dos personajes de *El fin de la historia*, Víctor Espinosa y Pablo Salamendi. El primero es un militante nicaragüense entrenado, tal y como su compañero y Belmonte, en una de las más destacadas academias militares soviéticas, la Academia Rodion Malinovskij:

[...] Mira, hermano, yo luché en el Frente Sur el 79, y ahí conocí a varios chilenos, especialmente a uno con los huevos bien puestos. Se llamaba Belmonte y tenía lo que a ti te falta. [...] que nada se debe anteponer a la voluntad de luchar y que sólo los cobardes se someten a cualquier disciplina. (Sepúlveda, 2018, pp. 62-63)

Belmonte, igual que Sepúlveda, entra en la capital nicaragüense el día de su liberación y de la huida de Anastasio Somoza García. El 19 de julio de 1979 es un día de fiesta en el país centroamericano. Sepúlveda elige esta fecha para otro importante acontecimiento de la vida de su *alter ego*—no hemos encontrado noticias que atañen también a la vida real del escritor y de su esposa Carmen Yañéz, quien, durante esos mismos años, está encerrada en Villa Grimaldi—. En ese día, en un basural de los suburbios de Santiago de Chile, se encuentra el cuerpo lastimado de la mujer de Jean, Verónica Tapia Márquez, la cual, quizás no sea causal, comparte el apellido de la abuela materna de Luis, la madre del ácrata Gerardo Sepúlveda Tapia (Sepúlveda, 2019c, p. 103)¹⁰.

9. Rosa María Grillo sigue teniendo razón, siguiendo los destinos cruzados de los dos escritores, políticos y revolucionarios.

10. Ana Lagos es una mujer santiaguina, esposa de un fontanero comunista víctima del régimen, que forma parte del Comité de Familiares de Desaparecidos. Le comunican la presencia de una mujer casi muerta en el basural de San Bernardo. Es ella quien escribe a Juan Belmonte para contarle que la habían recogida y atendida y que ahora vive en su casa, como si fuera su sobrina. Pero Verónica trae en su psique las marcas de las torturas y de las violencias sufridas durante largos años. «Ella está físicamente bien, Juan, pero la destrozaron psíquicamente —escribe Ana—. No habla. Desde que la encontramos no hemos conseguido que pronuncie ni una sola palabra. Quién sabe qué horrores padeció y vio durante el tiempo que estuvo a merced de los militares» (pp. 103-105).



Los barcos que han conocido el sabor de la aventura se enamoran de los mares de tinta y navegan a gusto en el papel

Después de la experiencia nicaragüense, Sepúlveda llega a Hamburgo, donde vive su *alter ego*, Belmonte. De la ciudad alemana iniciará también el viaje de regreso al Chile de Belmonte, contratado por un gerente del Lloyd Hanseático.

Cuando llega a Europa, Luis se siente obligado, primero, a conocer y rendir tributo a la mujer que le dio esperanza y que, luego, lo sacó de la cárcel. Lo cuenta en el prólogo de un libro publicado por Amnistía Internacional Italia (2020):

Venti anni fa, mi sono fermato davanti alla porta di una casa ad Amburgo. Lì viveva una persona di cui conoscevo appena il nome, Ute Klemmer e, nonostante avessi ricevuto da lei una dozzina di lettere, nel risponderle non mi era mai capitato di chiederle l'età o se avesse una famiglia. Stavo per conoscerla e per questo non dovevo fare altro che suonare il campanello, però una forza poderosa mi impediva di alzare la mano. Era una forza che mi obbligava a rivedere i dettagli della mia vita che mi avevano portato fino a lì [...].

Quella mattina, ad Amburgo, quando ho avuto finalmente la forza, ho alzato la mano e suonato il campanello. Dopo pochi secondi, si è aperta la porta e mi sono trovato di fronte una ragazza dall'aspetto molto fragile.

— Vive qui Ute Klemmer? —, ho chiesto.

— Sì. Sono io —.

Quindi ho preso le sue mani e le ho detto “GRAZIE”.

Durante los años 80 se realiza el cambio ecologista del escritor chileno. La década empieza con su compromiso con Greenpeace y con los embarques en navíos de la organización internacional, y termina con la publicación de *El viejo que leía novelas de amor* (2019d) la obra que se inspira en su experiencia en la selva amazónica y que Luis dedica a Chico Mendes, el sindicalista brasileño matado por dos rancheros el 22 de diciembre de 1988:

Cuando esta novela era leída en Oviedo por los integrantes del jurado que pocos días más tarde le otorgaría el Premio Tigre Juan, a muchos miles de kilómetros de distancia e ignominia una banda de asesinos armados y pagados por otros criminales mayores, de los que llevan trajes bien cortados, uñas cuidadas y dicen actuar en nombre del «progreso», terminaba con la vida de uno de los más preclaros defensores de la Amazonía, y una



de las figuras más destacadas y consecuentes del Movimiento Ecológico Universal.

Esta novela ya nunca llegará a tus manos, Chico Mendes, querido amigo de pocas palabras y muchas acciones, pero el Premio Tigre Juan es también tuyo, y de todos los que continuarán camino, nuestro camino colectivo en defensa de este, el único mundo que tenemos. (Sepúlveda, 2019d, p. 7)

Además, en 1991 publica *Mundo del fin del mundo*, otra novela de sabor autobiográfico, cuyo protagonista —un expatriado chileno por motivos políticos, que colabora con una agencia de noticias vinculada a Greenpeace— regresa a su patria para reconstruir la historia de un barco ballenero japonés, gravemente dañado en las aguas magallánicas. Mientras describe el trabajo de periodista independiente del protagonista, Sepúlveda nos ofrece su idea de ecología. Un día, tres jóvenes periodistas:

[...] se cansaron de escribir para la prensa «seria», interesada en los temas que afectan al medio ambiente solamente cuando éstos adquieren visos de escándalo. En un encuentro afortunado nos conocimos, charlamos y descubrimos que compartíamos el mismo cansancio y muchos puntos de vista en común. De esa charla nació la idea de crear una agencia de noticias alternativa, preocupada fundamentalmente por los problemas que aquejan al entorno ecológico, y por responder a las mentiras que emplean las naciones ricas para justificar el saqueo de los países pobres. Saqueo no sólo de materias primas, sino de su futuro. Tal vez sea difícil entender esto último, pero, veamos: cuando una nación rica instala un vertedero de desechos químicos o nucleares en un país pobre, está saqueando el futuro de esa comunidad humana, pues, si los desechos son, como dicen, «inofensivos», ¿por qué no instalan los vertederos en sus propios territorios? (Sepúlveda, 2019b, p. 48)

Para Luis, la ecología tiene un objeto preciso, la defensa de los grandes cetáceos, y este tema lo mantiene ocupado por mucho tiempo, tripulante de los barcos de Greenpeace, de los que forma parte, también, el protagonista del *Mundo de fin del mundo* y sus socios. Aunque los tiempos no coinciden, en la novela se explicita la referencia a una acción de la organización en la que participó el mismo Sepúlveda. En 1982 los «guerreros del arco iris» bloquean el puerto de Yokohama para impedir la salida de la flota ballenera. Lucho lo cuenta, en 2013, en un artículo publicado en la inserción SetteGreen



del *Corriere della sera*, uno de los más destacados periódicos italianos. A la pregunta del entrevistador responde:

Ho imparato molto dalla generosità dei miei compagni, volontari che sacrificavano le vacanze per prender parte a qualcosa di importante. Ricorderò sempre quando, nel 1982, bloccammo il porto di Yokohama, per impedire l'uscita della flotta baleniera giapponese. Quasi due mesi in acqua [...].

Era freddo, faticoso, e non si mangiava bene a bordo. Ma eravamo convinti che fosse importante. Nessuno ha detto: lascio, non ce la faccio. Finché abbiamo vinto. Non solo la flotta non lasciò il porto, ma nell'84 la Commissione baleniera internazionale dichiarò la moratoria nella caccia alla balena. (Vigna, 2013)

Y a la pregunta concreta sobre si todavía merece la pena seguir haciendo ese tipo de lucha, responde de manera muy directa: «Allora ho imparato che, se c'è una coscienza forte, la lotta può essere vincente» (Vigna, 2013).

La conciencia ecologista del escritor también cuestiona las culpas y los crímenes del régimen militar de Pinochet, porque el «desastre ecológico provocado por los japoneses y sus peones del régimen militar chileno al norte del Reloncaví no nos era ajeno» (Sepúlveda, 2019b, p. 101).

El *Mundo de fin de mundo* empieza con un recuerdo de la Patagonia chilena. El protagonista —que casi tiene la misma edad que su autor— está por abordar el vuelo que lo lleva a esas tierras después de veintiséis años y recuerda cuando, chico de 16, emprendió su primer viaje al extremo sur del planeta. El aspirante marino responde a don Antonio Garaicochea, el vasco, que le pregunta si le gustó su primera experiencia de caza de ballenas. Tierra extrema —*finisterrae*, como el nombre del barco que lo lleva a rodear Patagonia—, aventura y ballenas encierran, también metafóricamente, el mundo de Sepúlveda de esos tiempos. En este sentido la respuesta del protagonista y los comentarios de los viejos balleneros son muy importantes:

-No sé, don Antonio.

-Mire. ¿Le gustó el viaje?

-Sí. Me gustó el viaje, el barco. Me gustan ustedes, los chilotes, el argentino. Me gusta la mar, pero creo que no seré ballenero. Discúlpennme si los defraudo, pero ésa es la verdad.

-Mire. ¿No es como en la novela?



Quise agregar algo, mas el Vasco me tomó de un brazo y me miró lleno de cariño.

-Sabe, paisanito, me alegro de que no le haya gustado la caza. Cada día hay menos ballenas. Tal vez seamos los últimos balleneros de estas aguas, y está bien. Es hora de dejarlas en paz. Mi bisabuelo mi abuelo, mi padre, todos fueron balleneros. Si yo tuviera un hijo como usted, le aconsejaría seguir otro rumbo. (Sepúlveda, 2019b, p. 42)

Esta simbiosis entre el escritor, la ballena, la defensa del medio ambiente y los barcos de Greenpeace está presente en *Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar* (2020) —Lucho evoca los buques «ornadas con los colores del arco iris» (p. 29)— como en su última novela para niños y mayores que quieren seguir siéndolo («Una novela para jóvenes de 8 a 88 años»), la última fábula que Sepúlveda publica en 2019, *Historia de una ballena blanca* (2019e): un libro que enseña el «valore del rispetto e dell’amore per sé e per l’ambiente che ci circonda», que mueve de «un’antica leggenda che lega la storia di Moby Dick raccontata da Melville alla storia di un piccolo popolo del Sud del mondo, in Chile. C’è una balena bianca imprevedibile per tutti i balenieri, crudeli e avidi, senza scrupoli nel danneggiare gli oceani» (Il Fatto Quotidiano, 2020).

No es una ecología neutra: la de Sepúlveda es una ecología militante, revolucionaria, casi como quisiera señalar, después de la contradicción entre capital y trabajo de Marx, una nueva contradicción del mundo capitalista, aquella entre desarrollo y medio ambiente, entre uso capitalista de los recursos no renovables y coexistencia entre especies diferentes que comparten el mismo planeta. Una página del *Mundo del fin del mundo* representa una reflexión desconsolada y, al mismo tiempo, el dintel, el paradigma de su ideología ecologista:

Hay que señalar que no son solamente los depredadores japoneses los que practican el juego de la doble moral que caracteriza a un mundo regido por la ética del mercado. Japón es uno de los siete países más ricos del planeta y un interlocutor fundamental; a veces hasta da la impresión de ser una nación con patente de corso. Por ejemplo: todos los países de Europa, Estados Unidos, la Unión Soviética y la mayoría de los Estados africanos condenan la caza del elefante y reconocen el peligro de extinción en que se encuentran los gigantes grises de África. Pero ningún país condena a Japón, el gran incentivador de la caza y el mayor comprador de marfil del planeta. De más está señalar que controla el mercado y que es el principal proveedor de marfil de Europa, Estados Unidos y la Unión Soviética [...].



Pero el deterioro ecológico, el asesinato diario del planeta, no se ciñe sólo a las matanzas de ballenas o elefantes. Una visión irracional de la ciencia y el progreso se encarga de legitimar crímenes, y pareciera ser que la única herencia del género humano es la locura [...]. Y pensar que todavía hay voceros de un pretendido modernismo que encuentran tribuna en los periódicos europeos para descalificar las medidas de protección de la naturaleza tildándola de «ecolatrías», e intentan elevar el discurso del necio que quema su casa para calentarse a la categoría de una nueva ética. «Desprecio lo que ignoro» es el lema de curiosos filósofos de la destrucción. (Sepúlveda, 2019b, pp. 77-79)

Incluso quien ha pasado toda la vida en el mar llega a una edad en la que desembarca

A mitad de la década de los 80, Sepúlveda es un apátrida, privado de su nacionalidad chilena por un acto de Pinochet «che, in uno dei suoi tanti gesti di pura superbia vendicativa, aveva steso una lista di 86 cileni in esilio [...] e aveva privato tutti della nazionalità». 1986 es un año crucial para la historia del país. Es el año del atentado fallido a la vida del dictador que demuestra que no es intocable y, al mismo tiempo, es el momento en el cual se manifiesta la difusa y fuerte solidaridad de los opositores en el exilio. El día después de los acontecimientos del 7 de septiembre, llega al consulado para renovar el pasaporte y le notifican la decisión de las autoridades: «a causa delle sue attività sovversive ed antipatriottiche le è stata revocata la nazionalità» (Sepúlveda, 2017b, pp. 8-9). Hasta 1995 recibe el pasaporte azul de la ONU, el documento que casi nadie conoce y que aumenta su condición de dificultad y de aislamiento. Aún en Europa lo agarran sus «sombras», sus demonios, «porque nadie puede evitar la persecución de su sombra. No importa el rumbo, la sombra de lo que hicimos y fuimos nos sigue con tenacidad de maldición» (Sepúlveda, 2018, p. 17):

El permiso para regresar a mi mundo me llegó por sorpresa en Hamburgo. Durante nueve años visité cada lunes el consulado chileno para saber si podía volver. Nueve años en los que recibí unas quinientas veces la misma respuesta: «No, su nombre está en la lista de los que no pueden volver». Y, de pronto, un lunes de enero, el triste funcionario rompió su rutina y mi costumbre de escuchar sus rotundos no es: «Cuando quiera, puede volver cuando quiera. Su nombre fue borrado de la lista». (Sepúlveda, 2019, p. 93)



Regresar no es una elección indolora. Probablemente Sepúlveda habla otra vez con la voz de su *alter ego*, Juan Belmonte, cuando confiesa que su primer deseo es irse de verdad al fin del mundo, en busca de una parte de sí mismo:

Volví a Chile. Viví con el temor de aquel momento, y no porque el país hubiera dejado de gustarme, de ocupar un lugar en mis neuronas. Temía el regreso porque siempre fui un sujeto inmune ala amnesia, sobre todo a las amnesias decretadas por razones de Estado, por pactos políticos, por mandato basural.

¿Qué me esperaba en Chile? Un miedo terrible. La incertidumbre de no saber cómo reaccionaría mi estómago, por darle un nombre antojadizo a la región donde se nos aloja el alma. (Sepúlveda, 2019c, p. 102)

Regresar no es tan simple, largos años separan los días de la huida de los de la vuelta y el país está totalmente diferente. Lo piensa el inspector Manuel Crespo, interrogando a Concepción García en la novela *La sombra que nos fuimos*:

Los que volvían del exilio andaban desorientados, la ciudad no era la misma, buscaban sus bares y encontraban tiendas de chinos, en su farmacia de la infancia había *topless*, la vieja escuela era ahora un negocio de autos, el cine del barrio un templo de los hermanos pentecostales. Sin avisarles, les habían cambiado el país. (Sepúlveda, 2017, pp. 97-98)

La vida real pasa por Luis como la de los personajes de sus novelas y las sombras del pasado transforman los acontecimientos en su imagen; verdadero y verosímil se fusionan en la vida, así como, en las novelas, la primera se esconde en las segundas, los protagonistas de los cuentos representan aspectos de vida real de su autor. Lucho —¿otra coincidencia qué uno de los protagonista de la novela *La sombra de los que fuimos* se llame como su autor?—Arancibia somete su compañero, Chato Salinas, parado bajo la lluvia y que quiere entrar en casa, a un verdadero interrogatorio, y pregunta por el santo y seña de que se servían en el periodo de la clandestinidad. Chato responde: «Luchito, soy yo, perrito. No hay santo y seña, esto era antes, ya no hay vida clandestina, se acabó» (p. 35) y después refleja sobre su juventud y los años pasados en la lucha clandestina a la dictadura:

No. No eran la Joven Guardia. La juventud se había quedado diseminada en cientos de lugares, arrancada a jirones por los golpes de picana



eléctrica en los interrogatorios, sepultada en fosas secretas que lentamente aparecían, en los años de cárcel, en habitaciones extrañas de países más extraños todavía, en regresos homéricos a ninguna parte, y de ella no quedaban sino himnos de lucha que ya nadie cantaba porque los dueños del presente decidieron que en Chile nunca hubo jóvenes como ellos fueron, jamás se cantó *La joven Guardia* y las muchachas comunistas no tenían en los labios el sabor del futuro. (p. 38)

Lucho recuerda a Chato su expulsión de la juventud comunista por «ultraizquierdismo, la enfermedad infantil del comunismo», porque no compartía las directivas de la dirección del partido después de la muerte en Bolivia del Che, considerado «un aventurero irresponsable, un provocador, un agente de la CIA» (p. 39).

Y finalmente pregunta a su amigo cuándo había vuelto del exilio:

[Chato] quiso responder que del exilio no se regresa, que cualquier intento es un engaño, una absurda tentativa por habitar un país guardado en la memoria. Todo es bello en el país de la memoria, no hay percances en el país de la memoria, no tiembla y hasta la lluvia es grata en el país de la memoria. El país de Peter Pan es el país de la memoria. (p. 40)

Para parar las aguas del olvido

Hasta el 11 de marzo de 1990 Augusto Pinochet Ugarte es el trigésimo presidente de la República de Chile. Permanece jefe de las fuerzas armadas del país hasta el 11 de marzo de 1998, cuando se nombra senador vitalicio, guarda el título hasta su muerte, en diciembre de 2006, y evita así los juicios iniciados por el poder judicial español, que le imputa crímenes contra la humanidad, corrupción y evasión fiscal. El dictador no pudo evitar casi dos años de detención domiciliaria en clínica o en su residencia en Inglaterra, pero la sinergia entre la oposición chilena al juicio español y a su extradición, y una segunda decisión de la Cámara de los Lores —que deniega la extradición por la edad avanzada del acusado y por su precario estado de salud— permiten a Pinochet regresar a su país en marzo de 2000. Hasta su muerte la justicia chilena intenta procesarlo, superponiéndose a suspensiones de la inmunidad parlamentaria y anulaciones de las decisiones por razones de salud.

El Informe Valech de 1994 recoge el testimonio de casi 40 mil chilenos encarcelados, entre 1973 y 1990, por razones políticas; más



de 27 mil se pueden considerar víctimas directas del régimen y el 94 por ciento declara que ha sido torturado; casi el 70 por ciento de las detenciones ocurre entre el 11 de septiembre y el 31 de diciembre de 1973. La investigación, nuevamente abierta durante un año por la presidenta Bachelet, certifica casi 10 mil casos más de tortura y 30 de ejecuciones o de desapariciones.

Los años de la dictadura militar son «agujeros negros» en los que desaparecen los hombres, sus relaciones sociales y todos los sentimientos positivos. También son años de desconfianza, de fin del concepto mismo de amistad que se aniquila frente a la violencia del régimen:

La vida se llenó de agujeros negros y estaban en cualquier parte, alguien entraba a la estación del metro y no salía jamás, alguien subía a un taxi y no llegaba a su casa, alguien decía luz y se lo tragaban las sombras.

Muchos hombres y mujeres que se conocían se negaron a sí mismos en una epidemia de amnesia necesaria y salvadora. No, no conozco a esos tipos que llevan tirados en un camión. No, nunca he visto a esa mujer que espera en la esquina.

El olvido fue una necesidad urgente, hay que cambiar de acera y evitar encuentros, hay que girar rápidamente y deshacer los pasos. Y todo lo que estuvo cargado de futuro, de pronto estuvo emponzoñado de pasado. (Sepúlveda, 2017, p. 79)

Volvamos al principio: la memoria, el pasado y la necesidad de lidiar con ello porque no se puede huir de su propia sombra, porque hasta que

[...] no recupere al último de sus desaparecidos, mientras no se sepa cuándo, cómo murió, quiénes fueron sus asesinos y, por sobre todos, dónde están sus restos, la herida permanecerá abierta, y es misión de los hombres decentes mantenerla limpia y abierta, porque esa herida es nuestra memoria histórica». (Sepúlveda, 1999, pp. 13-14)

Entre finales de la presidencia de Pinochet y esta dramática primavera de epidemia de 2020, la vida de Sepúlveda parece rotar alrededor de dos núcleos no extraños a su trabajo de escritor: en primer lugar, su relación «burocrática» con su tierra de origen, desde la pérdida de la nacionalidad en 1986, que se ha mencionado, y el sucesivo logro de la ciudadanía alemana, al permiso de regresar como extranjero en su país en 1995, hasta ser otra vez chileno. Luis cuenta este último acontecimiento de manera muy sencilla:



Nel mese di aprile di quest'anno, il 2017, ho accompagnato mia moglie Carmen a Madrid, perché doveva sbrigare alcune pratiche al consolato cileno, e cioè richiedere un «certificato di sopravvivenza» che la riconosce come ex prigioniera politica della dittatura e le garantisce alcuni diritti minimi. Io la stavo solo accompagnando e, mentre ero nella sala d'aspetto, guardavo le belle fotografie del Sud del Cile che decoravano le pareti.

Di colpo mi sono trovato davanti un uomo vestito in modo elegante.

«Lei è il signor Luis Sepúlveda, lo scrittore?».

Ho pensato che fosse un lettore che mi aveva riconosciuto e l'ho salutato con la gentilezza con cui si salutano i lettori.

«Mi permetta di stringerle la mano, signor Sepúlveda, è un grande onore e un motivo di orgoglio per me conoscerla. Sono il console cileno di Madrid».

Mi ha invitato nel suo ufficio, mi ha offerto un caffè, e ho pensato che avrei dovuto ringraziarlo per la sua gentilezza ma che non poteva considerarmi un compatriota, perché io non ero cileno. Mi sono ricordato di certe conversazioni che avevo avuto con un caro amico, adesso ambasciatore del Cile in Italia, e dei suoi «questo si risolve in fretta», a cui però non avevo mai dato molto credito perché erano passati trentun anni da quando mi avevano tolto la nazionalità.

Il console, invece, aveva buone notizie. Appena due settimane prima il governo cileno aveva deciso di porre fine all'ingiustizia.

La prima cosa che ha fatto il console è stato richiedere on-line il mio certificato di nascita, che è arrivato nel giro di pochi minuti e che recitava: nato a Ovatte, in Cile, non in possesso della nazionalità cilena. Subito, sempre on-line, ha richiesto un altro certificato aggiornato con il provvedimento di restituzione e stavolta, insieme a luogo e data di nascita, si leggeva: «nazionalità: cilena».

Carmen e io siamo usciti dal consolato e ci siamo messi a passeggiare per Madrid. Anche quella era una mattina molto bella, con l'inconfondibile luce di Madrid che invita al buonumore, ma noi due camminavamo in silenzio.

«Ehi, cileno, me lo offri un bicchiere di vino?» ha detto Carmen.

«Certo, cilena» ho risposto io.

E dopo trentun anni eravamo di nuovo due cileni che camminavano per le strade del mondo. (Sepúlveda, 2017b, pp. 10-11)

La disposición llega treinta y unos años después de 1987, cuando le denegaron el permiso de ser chileno, veintisiete de la derrota del régimen de Pinochet y del lento retorno a la democracia en Chile y de



más de diez de la muerte del dictador. Un plazo demasiado largo, y por eso Sepúlveda habla de «injusticia».

Además, el escritor reflexiona sobre su larga condición de exiliado y sus reflexiones son evidentes en los pensamientos del protagonista del *Mundo del fin del mundo*, cuando ya está volando a Patagonia:

Al cabo de un largo, molesto y doloroso tiempo, el exilio, transformado en una especie de beca de estudios, nos permitió entender que la lucha contra los enemigos de la humanidad se libra en todo el planeta, que no requiere ni héroes ni mesías, y que parte defendiendo el más fundamental de los derechos: el Derecho a la Vida». (Sepúlveda, 2019b, p. 88)

El segundo núcleo fuerte de esos años tiene un nombre y un papel: Baltasar Garzón, juez titular del Juzgado Central de Instrucción número 5 de Madrid que, por un tiempo muy largo, investiga casos internacionales que afectan a ciudadanos españoles, víctimas de las sangrientas dictaduras latinoamericanas. En 1998, el magistrado pide el encarcelamiento y la extradición en España de Augusto Pinochet Ugarte, acusado en virtud de las documentaciones facilitadas por el informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, el *Informe Rettig*, y posteriormente por las investigaciones del juez chileno Juan Guzmán Tapia que, en 1999, incrimina a cinco oficiales del ejército golpista por los acontecimientos de la «Caravana de la Muerte»¹¹.

Sepúlveda se entera de la detención del ex dictador, exiliado en Gran Bretaña, manejando su coche, en Italia, cerca de Udine. Lo cuenta en un artículo escrito para el periódico español *El País*, el 19 de octubre de 1998 y que compilaría luego en *La locura de Pinochet* (1999):

Estaba en la autopista cerca de Udine cuando escuché la noticia por la radio: chirriaron los frenos, me insultaron los conductores que venían detrás, pero ¿qué importaba?

El dictador detenido. Pinochet. Por algunos minutos, por algunas horas, ojalá años. Privado de una libertad que no merece, pues el lugar de los criminales, de los delincuentes, es la cárcel.

11. La «caravana de la muerte» era una unidad del ejército de Chile que, moviéndose en helicóptero de norte a sur del país, entre el 30 de septiembre y el 22 de octubre de 1973, detiene por lo menos a treinta personas en diferentes cuarteles. En opinión de la ONG Memoria y Justicia, son 97 los opositores del régimen asesinados por este «escuadrón de la muerte». Sobre la «caravana de la muerte» véase Verdugo (2006).



Como todos los chilenos que padecemos su soberbia, su patológica personalidad, recibí la noticia con alegría, y al saber de las protestas del Gobierno chileno, la ira empañó un poco la felicidad de imaginar al tirano balbuceando palabras tímidas de cobarde.

No importa cuánto tiempo permanecerá detenido Pinochet. Tampoco importa si será extraditado a España, Alemania, Suecia o Argentina. Los países en los que tiene procesos abiertos, con acusaciones que lo señalan como el responsable de muchos asesinatos. Lo que importa es que se termina con una sensación de impunidad, y que la detención de Pinochet debe servir para que el Gobierno chileno termine con una situación avergonzante. (pp. 9-10)

El arresto de Pinochet, la necesidad de juzgarlo y condenarlo junto a los «531 uniformados citados en el informe Rettig como torturadores, secuestradores, asesinos de más de cuatro mil chilenos» es para Luis la condición previa para devolver la paz social al país latinoamericano. De otra manera, sin esta obra de verdad y justicia, quedará sólo una «inalcanzable utopía» (Sepúlveda, 1999, pp. 12-13).

Las reacciones del mundo político chileno dejan a Lucho consternado, mejor dicho, indignado e impotente frente a los intentos de salvar al dictador de la cárcel. Sus escritos, publicados en periódicos de muchos países europeos, intentan ratificar estos sentimientos, responder golpe tras golpe a la voluntad de quienes quieren borrar la memoria y conseguir el olvido. Es el caso del ministro de Relaciones Exteriores de Chile, José Miguel Insulza, que estuvo exiliado en los años de la dictadura, que «se inculó, voluntaria o involuntariamente, el bálsamo estatal de la amnesia» y a quien no se le ocurre nada mejor que atacar al juez Garzón (Sepúlveda, 1999, p. 26). También es el caso de los candidatos a la presidencia de la República en 1999, el socialista Ricardo Lagos Escobar, de la Concertación por la Democracia, y el representante de la derecha chilena Joaquín Lavín Infante. Poco antes del desempate, que se celebra el 16 de enero de 2000, el poder judicial británico saca a Pinochet de la cárcel, y le permite regresar al país el 3 de marzo. Ambos candidatos «deben hacer urgente cálculos para medir los beneficios traducidos en votos del anunciado regreso, pero, ¡pobre Chile, el único beneficiado es el sátrapa!» mientras perduran los ataques a Garzón (p. 30). Además, después de la elección de Lagos, Sepúlveda escribe otra vez sobre los candidatos y habla de la posible aprobación de una «ley de punto final, que aleje para siempre de todos los tribunales a los responsables de crímenes contra la humanidad». Él identifica una teoría que une a los representantes de



la izquierda y de la derecha chilena, y que es muy inquietante: «la del consenso para no mirar ni hacia atrás ni hacia los lados. El consenso que propone la parálisis intelectual, cultural y social como única forma de movimiento» (p. 42).

La conclusión del escritor es desconsolada.

Durante i due anni, o quasi, in cui Pinochet era agli arresti a Londra, gli sforzi del giudice spagnolo Baltasar Garzón avevano aperto un piccolo spiraglio alla più legittima delle speranze: il dittatore poteva essere processato per i suoi crimini sin troppo evidenti. Ma alla fine questo non è successo e, con lo scandaloso appoggio del governo cileno, Pinochet se n'è tornato trionfante a casa. Il criminale è rimasto ancora una volta impunito. Ancora una volta si è sputato sulla memoria delle vittime. (Sepúlveda, 2002, p. 9)

Pero toda la reacción de la política chilena, después de la dictadura, lo inquieta y lo molesta. Parece que muy pocos políticos, o ninguno, quieren averiguar lo que realmente ha pasado. Todos parecen preocupados por estirar el sudario del olvido, como en el caso de la muerte de un diplomático español, Carmelo Soria, asesinado por agentes de la CNI, la Central Nacional de Investigaciones, la Gestapo chilena, y por un agente de la CIA, el estadounidense Michael Townley.

Ni siquiera después de veinticinco años la justicia ha podido aclarar los acontecimientos y perseguir a los verdugos, y justo cuando el Tribunal español acepta investigar sobre el asesinato de un español, el chileno pone un obstáculo: niega la extradición de un dirigente de Herri Batasuna que había manifestado a favor de la ETA en una ciudad e Francia y que, por eso, no podía ser juzgado en España. De vuelta, la justicia española deja sin efecto la orden internacional de arresto contra el asesino de Soria. Sepúlveda concluye: «Ésta es una historia sucia, como sucios son también los intentos de archivar todas las denuncias por violaciones a los derechos humanos, por crímenes que avergüenzan a la humanidad» (Sepúlveda, 2004, p. 47).

Memoria y olvido, dos términos antitéticos de los que él no se aleja nunca. Por un lado, la memoria de lo que pasó, del dolor y de los sufrimientos, la memoria de las torturas y de los lugares, por otro lado, el olvido que trata de estirar su sudario sobre el pasado, que nunca mira atrás ni a los lados. Lo recuerda Belmonte cuando, por primera vez, regresa a Chile, y en el aeropuerto un policía lo acoge diciéndole que Chile es un país democrático. Juan subraya que el oficial no dice que los chilenos han ganado, o han rescatado la democracia. «No. Chile



“estaba” en democracia, lo que equivalía a decir que estaba en el buen camino y que cualquier pregunta incómoda podía alejarlo de la senda correcta» (Sepúlveda, 2019c, p. 162). Y añade una reflexión amarga, hablando de este policía:

Tal vez ese mismo tipo había hecho parte de su carrera en prisiones que nunca existieron o de cuyos paraderos es imposible acordarse, interrogando a mujeres, ancianos, adultos y niños que nunca fueron detenidos y de cuyos rostros es imposible acordarse, porque cuando la democracia abrió las piernas para que Chile pudiera estar en ella, dijo primero el precio, y la divisa en que se hizo pagar se llama olvido. (p. 162)

La muerte comienza cuando alguien acepta que se ha muerto

Pero la recuperación y la conservación de la memoria de Chile progresan, empezando por el recuerdo de los caídos de La Moneda, antes que todo del presidente Salvador Allende. Al principio lo enterran casi a escondidas en Valparaíso, con la misma ropa que llevaba la mañana del asalto al Palacio. Solo en 1990 sus restos son trasladados a Santiago de Chile y sepultados en un solemne e imponente funeral.

Siguiendo con los hombres del GAP, ya antes se ha mostrado su destino: ellos también son sepultados en una fosa común o, mejor dicho, sus cuerpos destrozados están enterrados en el campamento militar abandonado de Fuerte Arteaga, después de haberlos reventado con el explosivo. Pero se encuentran sus restos y una

[...] mattina del 2010, un corteo con in testa tre carri funebri è passato davanti al palazzo della Moneda. A scortarli c'erano uomini e donne di oltre sessant'anni che al braccio sinistro esibivano con orgoglio un nastro rosso con la scritta GAP. Scortavamo Juan Alejandro Vargas Contreras, ventitré anni, Julio Hernán Moreno Pulgar, ventiquattro anni e Óscar, quel Johny che aveva preso il fucile quando bisognava farlo.

I nostri compagni oggi riposano nel mausoleo degli eroi, accanto alla tomba del Compagno Presidente. Il GAP non si arrende. (Sepúlveda, 2017, p. 19)

En Chile hay una recuperación también de la memoria de los lugares del dolor infligido por la dictadura. En primer lugar, la infame Villa Grimaldi, uno de los mayores centros de detención y tortura, donde estuvo presa la esposa de Luis, la poeta Carmen Yáñez. Una



pocas líneas de *Nombre de torero* (2019c) da el sentido pleno del dolor físico y psicológico causado a miles de prisioneros del régimen de Pinochet:

Soy yo, amor, Juan, y te hablo aunque sé que mi voz no te alcanza, que ninguna voz te alcanzará mientras sigas perdida en el laberinto del horror. ¿Por qué no sales de él, Verónica? ¿Por qué no sigues el porfiado ejemplo de tu cuerpo que emergió del mar de las desapariciones luego de dos años durante los cual es la máquina intentó destrozarlo? Tu cuerpo desnudo en un basural de Santiago. (p. 54)

El dolor físico, el horror de la tortura, de la *picana* y de la *parrilla*, de las violaciones, también el horror moral, la aniquilación psicológica y existencial son la extrema herencia de los años de la dictadura militar.

Hoy en día Villa Grimaldi es un Parque por la paz, que gracias también a la Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi, una asociación sin fines de lucro, se propone la preservación de la memoria de los detenidos desaparecidos, de los torturados y asesinados en aquel mismo lugar. Y si Villa Grimaldi está ubicada en el Municipio de Peñalolén, en la periferia de Santiago de Chile, otros antiguos centros de detención y de tortura se encuentran en el centro de la ciudad y se les recuerda también. Es el caso de Londres 38, la dirección del edificio donde estaba ubicada la antigua sede del Partido socialista chileno y que después del golpe se convierte en otro lugar de «suministro de dolor», a pocos metros del palacio de La Moneda y la Universidad de Chile. Frente a la estación central de trenes de la ciudad se encuentra el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, que, como otros lugares, cumple su tarea de guardar la memoria.

La biografía de Sepúlveda se refleja no solo en la biografía de Juan Belmonte, sino en las de muchos personajes de sus novelas, y con ellas se entrelaza para construir una densa telaraña de hombres derrotados pero nunca vencidos, nunca domados. «Perdí. Siempre perdí. No me irrita ni preocupa. Perder es cuestión de método» dice Ulrich Helm (Sepúlveda, 2019c, p. 27), el alemán que quiere vivir en la Tierra del Fuego y que afirma que siempre se ve «como un alemán atípico porque sé perder» (p. 24). Además, Luis confiesa a una entrevistadora italiana:

Noi latinoamericani ci abituiamo tanto al fallimento che perdere diventa davvero una questione di metodo, bisogna saper perdere bene. I miei personaggi, come me, sono grandi perdenti, non perché ci piaccia perdere,



ma perché sappiamo perdere» [e sappiamo] cadere in piedi, come i gatti.
(Sepúlveda, 1998)

La derrota es la condición para continuar creyendo, esperando, viviendo. Los cambios y las transformaciones de la sociedad siguen siendo el horizonte alcanzable, la concreta utopía de toda una generación.

Quizás entonces tenga plena razón Sepúlveda cuando afirma: «Nuestra pesadilla no ha terminado. La vuestra recién comienza» (Sepúlveda, 1999, p. 19), y tiene igualmente razón cuando une indisolublemente la felicidad a la libertad (Mujica, Petrini y Sepúlveda, 2017, p. 41), así como también nos enseña el presidente Salvador Allende, al decir que la felicidad es el estado natural de los hombres.

Apuntes de llegada, a ninguna parte

El viaje de Lucho termina donde había empezado. «Llegué, Tata. Estoy en Martos». El escritor nos cuenta cómo llega a la ciudad andaluza de su abuelo, el lugar del alma del viejo ácrata, pero también el lugar de ninguna parte que el joven Luis prometió alcanzar un día. En la España de sus ancestros es donde termina su viaje y en un hospital asturiano, la tierra de su abuela paterna, donde se cierra el ciclo de la vida de Sepúlveda, el lugar que lo lleva para siempre a ninguna parte.

«Nadie tiene que avergonzarse de ser feliz»: la frase «incuestionable» del abuelo hace que sienta «el cansancio del viaje [que] me hacía temblar y me nublaba los ojos» (Sepúlveda, 2019, p. 168).

El camino para llegar a Martos, que es también el recorrido de su vida, en el verano de 1995, tiene un momento decisivo, cuando le devuelven el derecho de regresar a su país y en el calor del agosto de las Islas Canarias escribe las pocas páginas de «Apuntes sobre estos apuntes», el prólogo de *Patagonia express*, «como homenaje a un ferrocarril que, aunque ya no existe, pues la poesía se declara poco rentable en nuestros días, continúa viajando en la memoria de los hombres y mujeres de Patagonia» (Sepúlveda, 2019, p. 11).

En el pueblo del Sur de España encuentra al hermano de su abuelo Gerardo, don Ángel. Con él recorre la historia de emigración de su familia, de ida de un pequeño pueblo andaluz al Nuevo Mundo en busca de la paz, y donde los extranjeros son bienvenidos porque encuentran «una tierra que les dijo: uno es de donde mejor se siente»



(Sepúlveda, 2019, p. 177). Al mismo tiempo es un viaje de vuelta, donde uno mejor se siente y donde quiere quedarse.

Los ojos soñadores de su tío abuelo traspasan la piel de Lucho, recorriendo cada uno de sus huesos y pensando en el silencio durado largos años «hasta hacer certidumbre el absoluto de la lejanía». Y cuando Luis le dice quien es

[el] semblante del anciano se tornó serio. Se acomodó en la silla, puso las nervudas manos sobre las rodillas y me examinó de pies a cabeza, de hombro a hombro. ¿Me pediría tal vez un papel? ¿O qué me abriera el pecho y le enseñara el corazón?

—María —llamó.

De la casa salió una anciana vestida de riguroso luto. Llevaba el cabello plateado anudado en un moño y se quedó mirándome con expresión cariñosa. Entonces, luego de carraspear, don Ángel dijo el más hermoso poema con que me ha premiado la vida, y yo supe que por fin se había cerrado el círculo, pues se encontraba en el punto de partida del viaje empezado por mi abuelo.

Don Ángel dijo:

—Mujer, trae vino, que ha llegado un pariente de América. (Sepúlveda, 2019, p. 178)

Referencias

Obras de Luis Sepúlveda

- Sepúlveda, L. (2019d). *Un viejo que leía novelas de amor*. Barcelona: Tusquets.
- Sepúlveda, L. (2019b). *Mundo del fin del mundo*. Barcelona: Tusquets.
- Sepúlveda, L. (2019c). *Nombre de torero*. Barcelona: Tusquets.
- Sepúlveda, L. (1996). *La frontera scomparsa*. Parma: Guanda.
- Sepúlveda, L. (2019). *Patagonia express. Apuntes de viaje*. Barcelona: Tusquets.
- Sepúlveda, L. (2020). *Historia de una gaviota y del gato que le enseñó a volar*. Barcelona: Tusquets.
- Sepúlveda, L. (1997). *Desencuentros*. Barcelona: Tusquets.
- Sepúlveda, L. (1998). *Diario de un killer sentimental seguido de Yacaré*. Barcelona: Tusquets.
- Sepúlveda, L. (2000). *Historias marginales*. Barcelona: Seix Barral.



- Sepúlveda, L. (2002). *La locura de Pinochet. 20 artículos escritos para la prensa mundial*. Santiago de Chile: Editorial Aún Creemos en los Sueños.
- Sepúlveda, L. (2002). *Raccontare, resistere. Conversazioni con Bruno Arpaia*. Parma: Guanda.
- Sepúlveda, L. (2002). *Il generale e il giudice*. Parma: Guanda.
- Sepúlveda, L. (2004). *Moleskine. Apuntes y reflexiones*. Barcelona: Ediciones B.
- Sepúlveda, L. (2006). *Los calzoncillos de Carolina Huechuraba y otras crónicas*. Santiago de Chile: Editorial Aún Creemos en los Sueños.
- Sepúlveda, L. (2017). *La sombra de lo que fuimos*. Barcelona: Espasa.
- Sepúlveda, L. (2018). *El fin de la historia*. Barcelona: Tusquets.
- Sepúlveda, L. (2017b). *Storie ribelli*. Parma: Guanda.
- Sepúlveda, L. (2019e). *Historia de una ballena blanca*. Barcelona: Tusquets.
- Sepúlveda, L. (5 de enero de 2005). Questo è il giorno più atteso. Pinochet andrà a processo. *Il Manifesto*. Recuperado de: <https://ilmanifesto.it/questo-e-il-giorno-piu-atteso-pinochet-andra-a-processo/>
- Mujica, J., Petrini, C., y Sepúlveda, L. (2017). *Vivere per qualcosa*. Milán-Bra: Guanda-Slow food editore.
- Petrini, C., y Sepúlveda, L. (2014). *Un'idea di felicità*. Milán-Bra: Guanda-Slow food editore.

Referencias generales

- Amnistía Internacional. (20 de abril de 2020). *In ricordo di Luis Sepúlveda*. Recuperado de: <https://www.amnesty.it/non-sopportiamo-la-tortura-introduzione-di-luis-Sepulveda/>
- Peredo, I. (1969). *Intervista con Inti Peredo. Comandante dell'esercito di Liberazione Nazionale di Bolivia e il testo del suo messaggio radiotrasmeso*. Milán: Feltrinelli.
- Sentire. (16 de abril de 2020). Si è spenta la voce di Luis Sepúlveda. *Sentire*. Recuperado de: <https://www.giornalesentire.it/it/vittima-illustre-covid19-luis-Sepulveda-scrittore>.
- El trabajador del Estado. (7 de julio de 2010). Osvaldo 'Chato' Peredo. *El trabajador del Estado*. Recuperado de: <https://web.archive.org/web/20160505061200/http://www.eltrabajadordelestado.org/nota.asp?id=678>.
- Il Fatto Quotidiano. (16 de abril de 2020). Sepúlveda è stato un vero 'guerriero dell'arcobaleno'. Buon vento, Luis! *Il Fatto Quotidia-*



- no. Recuperado de: <https://www.ilfattoquotidiano.it/2020/04/16/Sepúlveda-e-stato-un-vero-guerriero-dellarcobaleno-buon-vento-luis/5772410/>
- Aguirre, M. (2010). *Las razones de un lector: veinte años de crítica literaria*. Santiago de Chile: RIL Editores.
- Beretta, G. (3 de abril de 2020). Ernesto Cardenal, addio al poeta della rivoluzione. *Il Manifesto*. Recuperado de: <https://ilmanifesto.it/addio-al-poeta-della-rivoluzione-eroe-sandinista-malgrado-ortega/>.
- Bio, S. (16 de abril de 2020). Luis Sepúlveda, addio allo scrittore che ci ha insegnato a volare. *Il sole 24 ore*. Recuperado de: <https://www.ilsole24ore.com/art/luis-Sepúlveda-vittima-coronavirus-ADiyRnC>.
- Cacucci, P. (2015). *Camminando. Incontri di un viandante*. Milán: Feltrinelli.
- De Sanctis, F. (9 de septiembre de 2017). Sepúlveda racconta. *Il manifesto*. Recuperado de: <https://ilmanifesto.it/luis-Sepúlveda-racconta/>.
- Gnoli, A. (20 de agosto de 2017). Luis Sepúlveda: «Sono morto tante volte». *La Repubblica*. Recuperado de: https://www.repubblica.it/cultura/2017/08/20/news/luis_sepulveda_sono_morto_tante_volte_-173435132/.
- Gómez, A. (16 de abril de 2020). Las leyendas y las mil vidas de Luis Sepúlveda, el escritor que murió de coronavirus. *La tercera*. Recuperado de: <https://www.latercera.com/culto/2020/04/16/las-historias-y-las-mil-vidas-de-luis-sepulveda-el-escriptor-que-murio-de-coronavirus/>.
- Grillo, R.M. (2020). Un mese di lutto in America Latina. *Lo stato delle cose* (pendiente de publicación).
- Guidi, S. (16 de abril de 2020). Addio alla voce dei mapuche. *L'Osservatore romano*. Recuperado de: <https://www.vaticannews.va/it/osservatoreromano/news/2020-04/addio-alla-voce-dei-mapuche.html>.
- López, A. (14 de enero de 2018). Luis Sepúlveda: «El odio a los pobres tal vez sea el peor de los odios». *El diario de Córdoba*. Recuperado de: https://www.diariocordoba.com/noticias/zoco/luis-sepulveda-el-odio-pobres-vez-sea-peor-odios_1198346.html.
- Luche, L. (mayo de 1998). Sepúlveda: «Noi sappiamo perdere». *L'indice*. Recuperado de: <https://www.lindiceonline.com/lettura/memoria-luis-Sepúlveda-dallarchivio/>.



- Parmeggiani, S. (17 de abril de 2020). Luis Sepúlveda nel ricordo della moglie: «Il suo addio sono parole d'amore». *Repubblica*. Recuperado de: https://www.repubblica.it/robinson/2020/04/17/news/luis_sepu_lveda_nel_ricordo_della_moglie_il_suo_addio_sono_parole_d_amore_-254240928/.
- Polese, R. (16 de abril de 2020). Morto Sepúlveda, narratore dalla parte degli oppressi. *Corriere della sera*. Recuperado de: https://www.corriere.it/cultura/20_aprile_16/morto-Sepulveda-narratore-parte-oppressi-76cb967c-7fc1-11ea-8804-717fbf79e066.shtml.
- Verdugo, P. (2006). *Gli artigli del puma. I crimini della carovana della morte nel Cile di Pinochet*. Milán: Sperling & Kupfer.
- Vigna, E. (7 de diciembre de 2013). Sepúlveda: «I crimini ambientali hanno radici politiche ed economiche». *Corriere della sera*. Recuperado de: https://www.corriere.it/ambiente/13_dicembre_05/Sepulveda-crimini-ambientali-hanno-radici-politiche-ed-economiche-af6b9d64-5dcd-11e3-860b-0a0a3904cefc.shtml.
- Zanini, R. (17 de abril de 2020). Sepúlveda, il giramondo che combatteva l'ingiustizia e amava le parole. *Il Manifesto*. Recuperado de: <https://ilmanifesto.it/Sepulveda-il-giramondo-che-combatteva-lingiustizia-e-amava-le-parole/>.